

## EL GÉNERO EN LA ANTROPOLOGÍA. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA TRAYECTORIA INTELECTUAL DE MARA VIVEROS VIGOYA

---

VANESSA GÓMEZ PEREIRA

Antropóloga y magíster en Antropología Social de la Universidad de los Andes, estudiante del Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Freie Universität Berlin

Este texto tiene dos objetivos fundamentales. En primer lugar, busca reconstruir algunos de los principales aspectos de la trayectoria académica de la antropóloga Mara Viveros Vigoya<sup>1</sup> a la luz de las condiciones contextuales y disciplinares que han delimitado la producción del conocimiento durante las dos últimas décadas y, específicamente, la configuración de una especialidad como la Antropología del

---

1 La narración y las reflexiones planteadas en este texto corresponden a un análisis preliminar de la información recogida en una serie de entrevistas y conversaciones con la profesora Mara Viveros Vigoya, iniciadas en el 2008 como parte del proyecto de investigación sobre feminismo académico en la Universidad Nacional de Colombia (cfr. Gómez 2010). Los posteriores encuentros, durante los meses de julio y agosto del 2012, se llevaron a cabo con el fin de profundizar en la carrera académica de Viveros en relación con la dinámica particular de la disciplina antropológica en el país y con el amplio propósito de continuar la investigación en este campo del conocimiento desde una perspectiva biográfica. Por ello, la versión presentada se basa fundamentalmente en la interpretación que Mara Viveros tiene sobre esta historia (a partir de su propia experiencia y conocimiento).

Es indispensable señalar que este ejercicio no fue en absoluto fácil para Mara, pues, desde el comienzo, manifestó la sensación de extrañeza frente a la narración de su propia trayectoria para un posterior “distanciamiento”, esto, para una reelaboración en manos de otra investigadora. Aproximarse al relato organizado por mí para referirme a su carrera y a su experiencia en el Departamento de Antropología de la UNAL supuso cierta incomodidad y fue un reto que ella aceptó asumir con la convicción de que su trayectoria, como cualquier otra, puede dar cuenta de las condiciones biográficas que afectan una realidad investigativa particular e intervienen en un determinado campo de conocimiento.

Género. De este modo, el ejercicio de exploración biográfica propuesto, que indaga por momentos decisivos de la experiencia profesional, procura identificar las convergencias —de expectativas e intereses, oportunidades, coincidencias, luchas particulares, escenarios institucionales— que se dinamizan en el empeño por desarrollar y legitimar ciertos problemas de investigación en la Antropología; convergencias que, por un lado, reflejan las tendencias críticas que se abren camino en la disciplina y, por el otro, inciden en la renovación misma de la perspectiva antropológica en el país. En este caso, nos referimos a una trayectoria profesional con una peculiar sensibilidad política, que impregna este doble movimiento.

La posibilidad de profundizar en los relatos de vida de quienes han ejercido este oficio, nos permite reanudar la mirada sobre la historia de la Antropología en Colombia, pues, entre otras cosas, ilumina las preguntas vitales y las decisiones personales que delinean una voluntad investigativa determinada y que, en últimas, contribuyen a la constitución de un campo del saber. Ese orden disciplinar está hecho, en buena medida, de realidades biográficas que se entrecruzan y articulan para dar cabida a múltiples reflexiones. Pero ello no implica que el conocimiento y las tradiciones surjan de las simples y puras voluntades, con independencia de su calidad propositiva y creadora, pues estas, como bien sabemos, están igualmente prefiguradas por la situación social en la cual se producen. Allí hay un complejo vaivén: entre la potencia que se abre paso para ampliar, deformar o fracturar los límites establecidos en un dominio específico y la lógica de reproducción de aquel mismo ámbito, capaz también de sobreponerse a los periodos de inercia y al peso de la convención con diferentes gestos de apertura.

El segundo propósito es destacar la especificidad y la importancia del trabajo de Mara Viveros Vigoya y, con ello, dar un paso en la indispensable tarea de poner en un primer plano la labor y los aportes de las mujeres que también han dado forma a la historia de esta disciplina, pero que aún ocupan un lugar marginal en el acervo simbólico de la antropología. Se trata, entonces, no solo de nombrar sus contribuciones —intento por lo demás necesario pero no suficiente para recomponer la memoria histórica—, sino de caracterizar y ponderar tanto las apuestas personales, académicas y políticas que han modelado sus trayectorias, como las estrategias desplegadas para dar cabida a sus particulares indagaciones. En el caso de Mara, el

hecho de haber impulsado temas, enfoques y objetos inexplorados en los espacios en los cuales se ha desempeñado, le ha permitido captar y al tiempo potenciar las posibles aperturas disciplinares, ayudando a concebir un campo como el de la antropología del género, así como conservar una distancia crítica y atenta a los principios que animan la producción de conocimiento en distintos ámbitos.

#### GÉNERO Y ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA: UN ESBOZO

Tal vez hoy, al referirnos a las discusiones actuales de la disciplina en Colombia, ya no parece extraño vincular, en una misma frase, los términos 'género' y 'antropología'; incluso ya no sorprende hablar de algo como la existencia de una rama denominada *antropología del género*. Aunque posiblemente no encarne el canon histórico de este campo, y aún parezca abrirse camino de forma más bien tímida, la perspectiva de género ha pasado a integrar el repertorio de interpretaciones antropológicas posibles y legítimas. Y, por fortuna, cada vez son más los indicios que perfilan este proceso.

Si consideramos que uno de los primeros espacios de visibilidad, abiertos por la llamada perspectiva de género, corresponde al estudio de las circunstancias de vida de las mujeres, de sus contribuciones, luchas, resistencias y silenciamientos (aunque no de forma exclusiva, por supuesto) (Arango, León y Viveros 2004; León 2004 y 2007), no podemos dejar de reconocer la importancia de que en el último congreso se haya creado un simposio dedicado por entero a la *arqueología y la antropología hechas por mujeres*. Es significativa su existencia, pero también lo es el hecho de que sea el primero en la historia de los catorce congresos realizados en el país. Eso puede mostrar, por un lado, que la reflexión orientada por los aportes de esa perspectiva, o por lo menos en relación con los objetos de análisis por esta habilitados, han ganado algo de terreno en la antropología colombiana, más, teniendo en cuenta lo que representa un evento como el Congreso Nacional de Antropología, pero, por otro lado, nos recuerda que son recientes, y todavía marginales, estas apuestas temáticas.

En cuanto a la formación académica en Antropología en el país, el panorama no dista mucho del evidenciado por este simposio. Con una simple revisión de la malla curricular de los doce programas de

pregrado en Antropología<sup>2</sup>, es posible constatar que solo tres tienen asignaturas dedicadas específicamente a la teoría de género<sup>3</sup>, y de los siete programas de posgrado, cuatro de maestría y tres de doctorado<sup>4</sup>, ninguno parece cubrir entre sus principales áreas de estudio el tema de género. Ciertamente, esta mirada no nos permite identificar la presencia de los debates impulsados por el género en los diferentes cursos teóricos o relativos a ramas más consolidadas de la disciplina, y podríamos suponer que, de hacer una indagación más profunda, revisando por ejemplo varios programas de clase o grupos de investigación reconocidos, nos encontraríamos con algunos casos que informan sobre el grado de *transversalización* de la perspectiva de género. Sin embargo, esta proyección inicial nos da una idea del tono imperante en este nivel.

En relación con la producción científica, una exploración de las publicaciones en el transcurso de la última década en revistas disciplinares como *Antípoda*, *Maguaré*, la *Revista Colombiana de Antropología* y el *Boletín de Antropología*, pero también en revistas de espectro más amplio como la *Revista de Estudios Sociales*, revela la creciente incorporación de los análisis de género en las investigaciones antropológicas, especialmente en los últimos cinco o seis años, aunque no de forma homogénea ni sostenida. Incluso con algunos pocos números monográficos, se ha ido abriendo espacio a reflexiones sobre cuerpo, subjetividad e identidades de género, género y nación, mujeres indígenas, sexualidad y teoría *queer*, interseccionalidad. Ahora podemos decir que no es del todo extraño.

Pero si bien los estudios de género ya forman parte del universo temático de la antropología en Colombia, a diferencia de lo que sucedía

---

2 Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de Antioquia, Universidad de los Andes, Universidad del Cauca, Universidad del Magdalena, Universidad del Rosario, Universidad Externado de Colombia, Universidad Icesi, Universidad Nacional de Colombia, Universidad de Caldas, y dos a distancia en la Fundación Universitaria Claretiana y en la Fundación Universitaria del Área Andina, respectivamente.

3 Estudios de Género en la Pontificia Universidad Javeriana, Género, Sexualidad y Parentesco en la Universidad del Rosario y Equidad y Género en la Fundación Universitaria del Área Andina.

4 Las maestrías de la Universidad de los Andes, de la Universidad del Cauca, de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad de Antioquia. Los doctorados de la Universidad de los Andes, de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad del Cauca.

hace unos diez o quince años, su lugar es aún periférico, y una aproximación a las trayectorias que han alentado este proceso nos permite descubrir la especificidad de una historia del conocimiento, marcada por múltiples facetas. Y quisiera destacar esta particularidad para evitar interpretaciones “difusionistas”, es decir, para escapar a las limitaciones de una visión que no acertaría a decir nada distinto a la “perspectiva de género llegó tarde al país” y, por tanto, a la antropología. Es cierto que los llamados “estudios de mujer y género” comenzaron a tomar fuerza en Estados Unidos y Europa desde la década de los años setenta —entre otras cosas, gracias al impulso de la teoría feminista y de la crítica cultural— y en diferentes lugares de América Latina se consolidaron hacia finales de los años ochenta (Arango, León y Viveros 2004; Morcillo 2005; Viveros 2004), alcanzando apenas, hacia mediados de los noventa, como en el caso colombiano, una moderada estabilidad en el mundo académico (Bonder 1998; Meertens 1998). Esta situación no se debe sencillamente a una llegada tardía de las ideas, sino que, por el contrario, responde a dinámicas y condiciones locales que han afectado la incursión del género tanto en el ámbito de las ciencias sociales como en el de la disciplina antropológica en el país.

Cabría considerar, de entrada, la institucionalización de los estudios de género en la academia colombiana, y la trama de logros y resistencias que le ha dado forma. El caso de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia es especialmente revelador en este sentido, pues, además de ser hoy líder en la formación y en la investigación en este campo (Puyana 2007; Wills 2007), su estatus actual pone en evidencia el carácter ambivalente de su presencia en el ámbito académico (Gómez 2010). Con exitosos programas de posgrado en mujer, género y teoría feminista, un cuerpo estudiantil cada vez más numeroso, un trabajo investigativo consolidado a través del Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género (GIEG) —categoría A1 en Colciencias— y una persistente labor de extensión, la Escuela no solo ha logrado tender puentes con otros sectores, disciplinas y centros académicos; también se ha hecho merecedora de un reconocimiento institucional que hace posible que hoy tenga a su cargo dos importantes proyectos de inclusión y educación superior en la UNAL<sup>5</sup>. Un protagonismo, podría decirse, bas-

5 El proyecto de Fortalecimiento de Equidad de Género en la Educación Superior (FEGES), y un proyecto financiado por la Unión Europea con 16 universi-

tante claro, aunque apenas suficiente, tras veinte años de historia, para garantizar tan solo ahora los primeros puestos de la planta docente.

¿Qué podría decirnos lo anterior del vínculo entre antropología y género en Colombia? Por lo pronto, y sin profundizar en el itinerario mismo de la institucionalización de los estudios de género en el país, puede indicarnos un aspecto preliminar de esta relación: la posibilidad de construir diálogos locales sobre el tema y de promover discusiones con un cierto nivel de coherencia que trasciende las iniciativas particulares y solitarias; posibilidad creada, en gran medida, por el grado de visibilidad alcanzado en los últimos años y por la constitución de una especie de tradición académica con identidad propia (aunque no tanto disciplinar como transversal)<sup>6</sup>.

Pero esta no es más que una aproximación parcial al problema. Para lograr una comprensión integral, sería necesario, por lo menos, tener en cuenta las lógicas de construcción del dominio de la antropología colombiana, reconociendo que este, pese a remitir a un contexto socio-histórico común, está lejos de ser un escenario uniforme y que, por el contrario, ha estado marcado por enfoques, intereses y prácticas divergentes (Pérez 2010; Restrepo y Cunin 2004). Esto implica que, además de ponderar los rasgos distintivos, los énfasis temáticos y metodológicos y las tendencias teóricas, el análisis de los ritmos y requerimientos propios de la disciplina, en cada momento de su desarrollo, habría de enfrentarnos igualmente a una peculiar concepción de la realidad social colombiana y de lo que esta exige del conocimiento antropológico; a pugnas de poder en relación con la validación de una manera específica de entender el quehacer profesional; a la interlocución, explícita y tácita, con corrientes críticas de pensamiento de las diferentes ramas de las ciencias sociales; a prejuicios de género que delimitan espacios de acción diferenciados y dan predominio a ciertas voces sobre otras; a los esfuerzos de investigadoras e investigadores comprometidos, por diversas razones, con el estudio de problemas y enfoques poco ortodoxos;

---

dades, de medidas para la inclusión social en la educación superior en América Latina (Viveros, Mara. Entrevista, Bogotá, agosto del 2012).

6 El campo de los estudios de género se ha configurado en la convergencia de múltiples miradas disciplinares, con predominancia de las provenientes del área de ciencias sociales y humanidades. Cfr., por ejemplo, Barreto (2005) y León (2004, 2007).

y, en últimas, al cruce de impulsos personales, colectivos, políticos, académicos y hasta globales. Sobre este trasfondo se hace inteligible la incursión de una perspectiva como la de género.

En esta oportunidad me ocupa justamente uno de esos hilos del entramado disciplinar: la trayectoria, más bien inusual, de la antropóloga colombiana Mara Viveros Vigoya, cuya carrera, durante las dos últimas décadas, se ha desarrollado sobre todo en los márgenes y, desde esta especial posición, ha dado lugar a reflexiones disidentes tanto en la antropología que se practica en el país como en los estudios de género. Y propongo acá la idea de “márgenes” en un doble sentido: en términos de marginal, esto es, como una iniciativa que no simboliza la visión hegemónica del oficio y que, por ende, no ha ocupado un lugar central en los debates e inclinaciones de la antropología en Colombia; y al tiempo como un tipo de producción que se ha arraigado en las “extremidades” de la disciplina y ha delimitado una frontera epistemológica fluida, capaz de explotar los resquicios del conocimiento antropológico y de articular la comprensión de múltiples diferencias. Esta particularidad sirve para caracterizar, así mismo, el trabajo de Viveros en el área de los estudios de género y para anticipar algunas de las posibles rutas de conexión entre uno y otro ámbito.



**Figura 1.**

Primer Congreso de la Cultura Negra de las Américas, 1977

Fuente: archivo de Mara Viveros.

Con el fin de explorar algunos de estos movimientos desde la marginalidad, me centraré en los primeros años de su actividad en la academia colombiana y de integración a la comunidad antropológica, cubriendo un poco más de la primera mitad de la década de los noventa, periodo en el cual la relación entre la perspectiva de género —con sus líneas de análisis derivadas— y la antropología, era prácticamente inexistente.

#### ENCUENTROS Y DESTIEMPOS EN LA APUESTA ACADÉMICA

The history of any individual's reactions affords considerable understanding of the relationship of motivation and institution. Were the individual grossly deviate [...] his experiences, interpreted with sufficient care against a background of the society, would still give us insights and valid knowledge.

D. F. ABERLE (citado en Mintz 1979, 21)  
*The Anthropological Interview and the Life History*

La carrera de Mara Viveros es una de esas que podría describirse como excéntrica, al decir de ella; no tanto por excesiva o extravagante, como por haberse enfocado, teniendo en cuenta lo ya señalado, en apuestas poco ordinarias para el momento y contexto en el cual se ha desempeñado. Pero también, en un sentido metafórico, por trazar un otro centro de análisis, distinto al de las discusiones predominantes en la antropología colombiana. Incluso, por el recorrido particular en su formación académica.

Mara no obtuvo su título de pregrado en Antropología. Se graduó, en 1982, de la Carrera de Economía en la Universidad Nacional de Colombia. Desde entonces, sin embargo, se hicieron evidentes los primeros “coqueteos” con la antropología, pues, además de haber presentado una monografía interdisciplinaria, en colaboración con un antropólogo de la Universidad de los Andes, sobre el trabajo de las mujeres floristas. Una de sus primeras experiencias profesionales fue como asistente de investigación en un proyecto sobre sistemas sociales en Villeta. Allí se instaló varios meses para llevar a cabo una indagación de tipo etnográfico.





**Figura 2.**

Durante el trabajo de campo en Villeta, 1982

Fuente: archivo de Mara Viveros.

[...] una cosa importante, fue el trabajo que tuve justo antes de viajar a Francia, en la Javeriana. [Ahí] soy asistente de investigación de Soledad Ruiz, y trabajo también con Mercedes Borrero. Estamos haciendo un proyecto sobre sistemas sociales en Villeta, y es mi primera experiencia etnográfica. A posteriori, me doy cuenta que es una experiencia etnográfica como experiencia de vida, digamos, porque debo irme a vivir a Villeta. Yo tengo prisa porque tengo la inscripción para la maestría en Francia, entonces tengo el tiempo limitado y debo avanzar en mi trabajo de campo. Resulta que el programa PASOS [Programa de Administración de los Sistemas Sociales]<sup>7</sup> de la Universidad Javeriana había alquilado una casa en Villeta y la estaba adecuando. Pues a mí me tocó pasarme a vivir a Villeta sin que la casa estuviera adecuada, simplemente guindar una hamaca, pero a mí me pareció delicioso; vivía sola en la casa de la Universidad Javeriana [...] y fue, digamos, como la manera de apropiarme como del lugar, de conocer la historia de Villeta, de querer entender, bueno, qué era Villeta, cuál era su historia. Teníamos un

7 Fue un programa de investigación acción que se desarrolló entre 1982 y 1985 en la Facultad de Estudios Interdisciplinarios (FEI) de la Pontificia Universidad Javeriana.

asistente, y para mí fue importantísimo porque era alguien del lugar: a través de Agustín Castiblanco, que fue digamos como el mediador local, pues pude hacer mi primer trabajo etnográfico.<sup>8</sup>

Tras concluir esta práctica, Mara viajó a Francia para iniciar sus estudios de posgrado. Primero la maestría en Estudios Latinoamericanos con énfasis en Sociología, en el Institut des Hautes Etudes de L'Amérique Latine (IHEAL) de la Université de Paris III y, luego el doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, del cual se graduó con la Especialidad de Antropología en 1990. Como ella misma lo dice, fue dando “pasos graduales” hasta llegar propiamente a la disciplina:

Cuando llego a Francia, al principio estoy estudiando Sociología y muchas de las materias que yo escojo al inicio de mis estudios de maestría tienen que ver con la economía social... quiero guardar como cercanía pero poco a poco me voy alejando.

Durante este proceso de formación se va delineando un tipo de disciplinamiento que, si bien culmina en el campo específico de la antropología, contempla de entrada un espectro más amplio en el área de las ciencias sociales, y se diferencia, por ejemplo, de un recorrido típico en la superespecialización de la disciplina, como el descrito por Restrepo (Restrepo y Cunin 2004; Valencia y Jaramillo 2008). Y este rasgo es esencial, como se hará explícito más adelante, en la comprensión que tiene Mara Viveros de la antropología y en su propio acervo investigativo.

Entre 1983 y 1990, Mara fue partícipe de un proceso de revitalización de la antropología en Francia, resultante de la “erosión de las normas clásicas”, como lo reconocería ella, en la producción del conocimiento social, e impulsado por una corriente crítica que subrayaba la necesidad de consolidar aproximaciones, como las de la antropología urbana y de la modernidad. Aunque todavía dominada por la etnología de lo “exótico”, la antropología en Francia dio cabida desde la década de 1970 a propuestas críticas que volcaban la mirada ya no hacia realidades “distantes” y “primitivas”, sino hacia diferentes fenómenos de las denominadas sociedades modernas. Esta renovación tomó fuerza en la segunda mitad de la década

---

8 Todas las citas incluidas en este artículo provienen de la entrevista realizada a Mara Viveros el 27 de agosto de 2012, en la ciudad de Bogotá.

de 1980 y permitió acoger planteamientos reflexivos que atendían las condiciones mismas de los contextos y comunidades a las cuales pertenecían los antropólogos (Rogers 2001). Marc Augé fue, entre otros, una figura central en este desplazamiento epistemológico que procuró reivindicar el análisis antropológico a partir de los conceptos y las preguntas que sirven de filtro para interrogar lo social (Langlois 1999; Rogers 2001). Justamente esta coyuntura se hizo funcional con la excentricidad de su trayectoria, pues desde un enfoque más general en ciencias sociales (economía, estudios latinoamericanos, sociología y antropología) tenía sentido asumir la antropología como un campo de estudio de lo contemporáneo y no tanto como un saber dedicado por completo a lo “exótico”.

Esa es la razón por la cual yo encuentro un espacio para mí en la antropología, porque la antropología francesa estaba en crisis. [...] el laboratorio de investigación en el cual estaba Marc Augé, fue, digamos, uno de los que lideró esa crisis, y su propuesta era dejar de hacer antropología exótica para empezar a hacer antropología urbana [...] era hacer antropología de las sociedades contemporáneas, era empezar a criticar esa supuesta “no” contemporaneidad de los indígenas.

De hecho, Marc Augé fue uno de los profesores de Mara y el proceso de aprendizaje que llevó a cabo con él, a través de los cursos y grupos de discusión, marcó profundamente su concepción inicial de la disciplina y le permitió afianzarse en un primer terreno de exploración: la antropología de la salud<sup>9</sup>. Desde este eje, Mara articuló sus intereses en género, cuerpo, salud-enfermedad y representaciones sociales en su tesis doctoral sobre discursos y prácticas terapéuticas entre hombres y mujeres de un poblado colombiano. Allí perfiló, en sus propios términos, un “espacio intersticial entre antropología médica y antropología de género”, aunque la maduración del enfoque de género en sus investigaciones antropológicas se daría en sus trabajos posteriores.

---

9 Augé no solo fue clave en la formación y el enfoque investigativo de Mara; también fue importante para ella porque en cierto sentido ayudó a legitimar su trabajo en Colombia. El conocimiento de la obra de Augé le permitió hacer una presentación del autor en una invitación del Departamento de Antropología, posterior a su participación en el VII Congreso Nacional de Antropología, que le valió un reconocimiento público a su trabajo.



**Figura 3.**

Escuchando clase en la EHESS, París, 1985

Fuente: archivo de Mara Viveros.

En esas primeras investigaciones de posgrado fue dando apenas lugar a ciertas inquietudes sobre la diferencia sexual y la desigual socialización de hombres y mujeres, comenzando así a formalizar la sensibilidad feminista que tenía ya sus antecedentes en las experiencias de la militancia política universitaria y de los grupos de estudio y autoconciencia de finales del decenio de los años setenta y comienzos del siguiente decenio, en los cuales participó cuando era estudiante de la UNAL (Gómez 2010). Antes incluso de graduarse del pregrado había trabajado también como asistente técnica de un macroproyecto de investigación-acción denominado “Acciones para transformar espacios de la mujer” en la Asociación Colombiana de Estudios de la Población (ACEP) y allí alentó el entrecruzamiento entre sus preocupaciones políticas y académicas. Así que con un pequeño acervo teórico-práctico, y con una creciente familiaridad con el pensamiento y la crítica feministas, Mara fue abriendo camino, poco a poco, a la interconexión de sus múltiples intereses sociales en el engranaje de la crítica antropológica y de los estudios de género.

Al terminar el doctorado, Mara regresó al país en 1990 con un contrato de investigación en el Instituto Francés de Estudios Andinos y, desde ese momento, dio inicio a una prolífica carrera investigativa en el campo tanto de los estudios de género como de la antropología en Colombia. Sin embargo, la inserción propiamente al “gremio” antropológico fue más bien tardía: transcurrieron siete años desde su llegada al país y su entrada al Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia.

Si bien yo oficio de antropóloga no estoy en una comunidad de antropólogos, estoy en una comunidad interdisciplinaria. Pero tampoco en ese momento estamos en un ámbito de género; si quieres, estoy en un ámbito de ciencias sociales. Si bien me contratan de antropóloga, yo no hago parte de la comunidad de antropólogos.



**Figura 4.**

De regreso a Bogotá, abril de 1990

Fuente: archivo de Mara Viveros.

Mientras realizaba el trabajo en IFEA sobre determinantes sociales de la salud de las mujeres en Quito y Bogotá, que dio origen al libro *Mujeres de los Andes*, Mara se vinculó a la Universidad Externado de Colombia a través del Centro de Investigaciones sobre Dinámicas Sociales (CIDSE)<sup>10</sup> y allí permaneció hasta 1996, periodo durante el cual desarrolló proyectos centrados en diferentes aspectos de las condiciones de vida de mujeres en contextos urbanos<sup>11</sup>. En 1994, y de forma simultánea, entró a reforzar el componente cualitativo del proyecto La Mujer en la Gerencia en América Latina, coordinado por las profesoras Rosa Bernal y Luz Gabriela Arango, en la Universidad de los Andes. Ahí estuvo por dos años más como docente e investigadora del Departamento de Administración de Empresas.

Los trabajos se fueron superponiendo, en parte, podríamos decir, por la oportunidad representada en la continuidad de los temas y por las redes que se iban tejiendo en torno a estas particulares problemáticas, que, en ese entonces, aún provenían de esfuerzos académicos aislados y de algunos pocos nichos de colaboraciones interdisciplinarias. En esos espacios, según cuenta, Mara se fue “perfilando como una investigadora en temas de género”, aunque este fue un tránsito gradual. Primero la invitaron a hacer parte del grupo en el Externado por su trabajo en antropología de la salud y allí dio el paso hacia salud sexual y reproductiva, área en la cual fue prácticamente pionera, porque a comienzos de la década apenas estaba en formación. “Y es un campo también intersticial porque está entre el cruce de la antropología médica y de los estudios de género, fundamentalmente”.

Los primeros contactos con la Universidad Nacional de Colombia se dieron también por esos años. En 1995, todavía vinculada a los Andes y al Externado, Mara se convirtió en investigadora del Centro de Estudios Sociales (CES) y, por invitación de Donny Meertens, entró a hacer parte del Seminario de Formación Avanzada para Docentes en Género, finan-

10 En ambos casos estuvo con régimen parcial desde 1990, pero acabó primero el contrato con el IFEA en 1992.

11 Algunos de los proyectos realizados fueron: “Determinantes sociales de la salud de las mujeres. Estudio de caso sobre sectores populares urbanos en Bogotá”, “El papel del empleo doméstico como factor de inserción urbana para mujeres migrantes”, “El debate sobre el aborto y el movimiento social de mujeres en Colombia (1975-1994)”.

ciado en ese momento por la Cooperación Holandesa para dar impulso a la creación de los programas de Posgrado en Mujer, Género y Desarrollo. Participó igualmente en una convocatoria de investigación que se abrió en el marco de esa misma iniciativa y presentó un polémico proyecto sobre vasectomía que, pese a suscitar cuestionamiento e incomodidades entre algunas de las personas del seminario, fue seleccionado.

[Y]o recuerdo mucho que me llama [una colega del seminario] y me explica las resistencias que hay para aceptar mi proyecto, a pesar de haber sido bien evaluado por los pares. Recuerdo mucho esa conversación. Más o menos me dice que el debate sobre la aceptación del proyecto gira en torno a dos puntos: uno que estoy quitándole la oportunidad financiera a un proyecto sobre mujeres y, por otra parte, molesta mucho el término médico vasectomía... yo incluso de hecho lo cambié porque me pareció que la crítica tenía pertinencia, pero me molestó que se pensara que yo adhería al discurso médico sin ningún tipo de cuestionamiento [...]. Había cometido el error de ponerle el título de representaciones sociales de la vasectomía y no de la esterilización masculina, y el término ‘esterilización masculina’ da cuenta por supuesto de algo más amplio que el término médico ‘vasectomía’. Yo acepté eso y lo cambié.

Es bastante significativo este episodio en relación con las apuestas académicas de Mara Viveros. Incluso en ese campo, sus indagaciones fueron desconcertantes y periféricas al comienzo, pues estas presuponían una comprensión amplia y crítica de las posibilidades contenidas en la perspectiva de género, una comprensión que interrogaba directamente el núcleo teórico —relacional y político en su propósito de poner al descubierto los principios que sustentan el orden sexual dominante—, para dar cabida a problemáticas poco previstas en su momento. En antropología le ha sucedido algo similar: ha concebido la producción de conocimiento más allá de las urgencias e inclinaciones locales, aunque no desconociéndolas, y con ello ha reafirmado la especificidad de la mirada antropológica con independencia de su objeto. Como ella misma lo ha expresado “son historias paralelas [la de la antropología y la del género]” en su trayectoria profesional. De hecho, hasta hoy, Mara se ha desempeñado simultáneamente en la Escuela de Estudios de Género y en el Departamento de Antropología de la UNAL.

Su vinculación definitiva a la Universidad Nacional de Colombia fue en 1996 a través del concurso de excelencia académica “125 años”, que buscaba atraer personas con doctorado y con una notable experiencia en investigación. Como esta no fue una convocatoria disciplinar, sino que los postulantes presentaban un proyecto y la universidad los ubicaba según las solicitudes de los diferentes departamentos, Mara aplicó con una investigación sobre identidades masculinas y esperó respuesta, en caso afirmativo, para integrarse a la planta de Antropología o, por lo menos, a la de alguna unidad de la Facultad de Ciencias Humanas. Para su sorpresa, la “pidió” el Departamento de Odontología. Aunque pudiese parecer extraño, esta solicitud cobró sentido porque la decana estaba interesada en que Mara se integrara al Grupo de Investigación en Salud y Sociedad. Lo curioso es que ahí, como en los anteriores lugares, Mara fue requerida por su “experticia de antropóloga” y por la perspectiva que, desde allí, podía aportar al análisis social. En Odontología fue muy bien recibida, siempre escuchada como alguien que tenía algo nuevo que aportar. Pero poco a poco comenzó a tomar “distancia” del campo específico de la antropología médica y de la salud para abarcar análisis “más amplios”.

El paso de Mara de Odontología a Antropología se dio, un año después de su ingreso a la UNAL, gracias a un “acto de desprendimiento” de la decana de la Facultad de Odontología, quien reconoció que el espacio que Mara tenía allí era muy limitado, con pocas posibilidades de crecimiento académico y de retroalimentación. Ella habló con el decano de la Facultad de Ciencias Humanas y justo en ese momento había una vacante en Antropología: la que dejaba el arqueólogo Gonzalo Correal. Lo que el departamento quería en realidad era otro arqueólogo, es decir, suplir ese “vacío”. Mara considera que a eso se debió, sobre todo, que de entrada no fuese tan bien acogida en Antropología, pues su perfil profesional no respondía a lo que estaban buscando y, de hecho, no tenían mayor idea de lo que ella hacía (por haberse priorizado hasta entonces problemas de otra índole, todavía estrechamente ligados a la cuestión etnológica y a los movimientos sociales indígenas). El componente arqueológico era prioritario en la visión de la disciplina de ese momento, pero ciertamente también la formación del director, antropólogo biológico, tenía peso en la afirmación de esa necesidad,



pues estaba en diálogo constante con esa área. No obstante, Mara no interpreta este hecho como una resistencia específica hacia los temas de género, sino más bien como una suerte de perplejidad ante la relevancia antropológica de su trabajo. Al fin y al cabo, el género era una cuestión muy nueva, algo sobre lo que no se debatía en absoluto. En sus propias palabras: “más que todo hay un desconcierto y un desfase entre lo que ellos estaban esperando y lo que yo ofrezco. Hoy lo contaría así”.

Por esos años, el Departamento, según nos cuenta Mara, tenía todavía la impronta de las pugnas entre Luis Guillermo Vasco y Guillermo Páramo que sintetizaban de alguna manera las diferentes formas de entender la antropología en el país<sup>12</sup>. Estaba de fondo la idea del trabajo políticamente comprometido del antropólogo (de trabajar por y con las comunidades donde hacía campo)<sup>13</sup>. La entrada fue difícil justamente por el momento que atravesaba el Departamento. Sus colegas le decían que, a diferencia de otros profesores, ella no tuvo que pasar ninguna “prueba de fuego”; tuvo más bien “un bautizo de indiferencia”. “[Yo] era alguien con quien no se entraba en diálogo. Me costó trabajo ser parte del campo”.

A finales de la década de 1990, persistía una antropología canónica: predominaba aún la cuestión étnica como problema antropológico por antonomasia y, desde ese enfoque, se planteaban debates, por ejemplo, sobre si los grupos afro podían y debían ser considerados grupos étnicos<sup>14</sup>. “Nadie o casi nadie hablaba de género en la antropología... ah bueno sí, Vasco hablaba de género y decía que Joanne Rappaport había hecho mucho daño importando la teoría de género al Cauca”. Se comprendía la problemática de género como una teoría ajena a la realidad del país, que poco tenía que ver con el contexto particular de las comunidades indígenas en Colombia. Una perspectiva “sin asidero en las historias locales, que se estaba inventando un problema que no tenían las indígenas del Cauca”.

12 Sobre algunas de las principales ideas promulgadas por Vasco en relación con la antropología en Colombia, cfr. Restrepo y Cunin (2004).

13 Cfr. por ejemplo, la perspectiva de Vasco, al respecto, en Cunin y Vasco (2004).

14 Sobre la preponderancia de la “cuestión étnica” en la historia de la antropología en Colombia y la tendencia a “indianizar” constantemente al otro, vale la pena destacar la reflexión de Restrepo (2007) en “Antropología y colonialidad”.



**Figura 5.**

En la plaza Che, UN, Bogotá, 2009

Fuente: archivo de Mara Viveros.

Aunque en el Departamento de Antropología de la UNAL se hallaban ya representadas en el trabajo impulsado por algunos colegas las líneas de antropología urbana, de sociedades contemporáneas o de antropología histórica, estas no eran protagónicas y, en muchos casos, apenas emergentes. Desde el punto de vista de Mara, el Departamento era en ese entonces una especie de “colcha de retazos”: “todo el mundo estaba como en su pequeña isla. No lo describiría como un departamento cohesionado, era un departamento difícil”. Los temas nuevos se planteaban sin mayor diálogo interno, sin una interlocución sostenida. Pero en esa colcha de retazos había personas muy interesadas en los debates contemporáneos de la antropología posmoderna, y justamente en la interlocución con quienes acogían esas miradas divergentes, Mara encontró un lugar de intercambio y construcción. No era un espacio homogéneo y, esos resquicios, por decirlo de alguna manera, iban abriendo la oportunidad de instaurar otros enfoques en la disciplina.

Si bien, con el tiempo, las alianzas intelectuales, las inquietudes individuales y grupales forjadas en diálogo con las corrientes críticas en la antropología, las dificultades temáticas fueron cediendo, al comienzo, el margen de incidencia en el clima académico y en los asuntos

que ocupaban a la mayoría de los colegas, era bastante reducido. Otros factores, no menos importantes, influyeron tanto en la inicial marginación como en la progresiva legitimación de su trabajo en el campo de la antropología del género. Para ella fue relevante, por ejemplo, el hecho de encontrarse en un departamento eminentemente masculino. En el momento de su ingreso, además de ella, solo había tres profesoras. El resto, en una unidad de 21 profesores, eran hombres. Luego se integraron dos profesoras más, pero en ese entonces la desequilibrada proporción parecía no agotarse en la relación numérica, sino que representaba, de algún modo, la concepción misma del quehacer antropológico:

[É]ramos minoría en el Departamento y las mujeres que estaban [...] no tenían una reflexión sobre ellas... es decir, no se asumían como mujeres antropólogas, se asumían sobre todo como antropólogos, accidentalmente mujeres, pero su identidad era más que todo una identidad disciplinar. Comentamos con [alguna de ellas] esa dificultad de ser escuchadas como mujeres en un Departamento de hombres. Yo no podría decir que es lo mismo hoy, es decir, haciendo un ejercicio reflexivo serio, tengo que decir que en 14 años ha habido muchos cambios. Aunque en el momento de entrar sí sentí que tenía un lugar “minorizado”, y en mi caso mucho más por trabajar los temas de género, no percibidos en ese entonces como relevantes para la disciplina.

Hubo igualmente otros factores que, desde la perspectiva de Mara, estimularon de algún modo los cambios de los cuales nos habla y dieron un impulso decisivo a su carrera en el departamento:

Yo me fui ganando una legitimidad también desde afuera, como te digo, por haber sido invitada por Marc Augé a enseñar en Francia, en París, en la Escuela de Altos Estudios... más tarde me gané la Cátedra Simón Bolívar, también para enseñar en París, y concursé, después lo supe, con otros colegas. Así fue también porque mi propuesta era sobre un tema nuevo... pues llegué en el momento que era, de pronto. Más o menos... porque también hubo un largo periodo de indiferencia, nadie se enteraba mucho de lo que yo hacía, no era muy leída. Hoy algunos colegas me citan en sus cursos, ya sea para decir que la etnografía *De quebradores*

y *cumplidores* no cumple con las reglas canónicas de la etnografía. Pero pues ya me leen y me citan... y hago parte ya, creo, del relato oficial de la historia del Departamento de Antropología.

Vale la pena detenerse en la mención a la investigación que dio forma al ya conocido texto *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia* y que, podríamos afirmar, se convirtió en un referente ineludible en el campo de análisis de las masculinidades en el país y ayudó a consolidar sus aportes tanto en la emergente área de los estudios de género como en la de la antropología con esta inclinación particular. Después de todo, es innegable la importancia hoy del enfoque interseccional y de los estudios de identidad en la disciplina, así como la sincronía del trabajo de Mara con estas sensibilidades antropológicas. Ejemplo de ello, ha sido la continuidad, desde antes de ese primer trabajo etnográfico a gran escala, de ciertos hilos temáticos en su trayectoria: cuerpo, sexualidad, representaciones sociales, diferencia y desigualdad. O como lo diría ella, la idea siempre presente de “la conversión de las diferencias en desigualdades sociales”.

Publicado en el 2002, *De quebradores y cumplidores* tiene sus antecedentes en las investigaciones desarrolladas en esos primeros años y, específicamente, en los proyectos con los cuales, por un lado, ganó el concurso financiado por la Cooperación Holandesa para impulsar los programas de mujer y género y, por el otro, garantizó su entrada a la Universidad Nacional de Colombia. Este sería el primer trabajo propiamente interseccional de Mara. Trascendió el binomio masculino-femenino: no se aproximó a los hombres de Quibdó y de Armenia en relación con las mujeres de Quibdó y de Armenia, sino que incorporó a ese análisis el eje étnico-racial y comenzó a hablar de hombres de diferentes clases, regiones y grupos sociales.

[E]so es exactamente lo que hace la interseccionalidad, es decir, es asumir una metodología relacional en términos fuertes y mostrar cómo no se puede pensar la dominación en una sola escala, en una sola dimensión; la dominación sería por lo menos tridimensional, en términos de clase, “raza” y “género”. Entonces, ese fue mi primer trabajo interseccional. Todo lo que yo hago ahora lo empecé a pensar cuando hacía el trabajo *De quebradores y cumplidores*.

Con ese trabajo se hizo evidente, en sus propias palabras, “la importancia de problematizar los lugares de dominación, es decir, la pertinencia de estudiar no solamente a los grupos dominados, sino también a los dominantes”. Aunque hoy el análisis de las relaciones sociales presupone un cuestionamiento del poder, y de su naturaleza relacional, y por eso esta frase pueda parecer obvia, no hay que olvidar que en la historia de los conocimientos que surgieron con el objetivo primario de “visibilizar” y, con ello, de reivindicar el carácter político de la enunciación, la educación y del saber, como lo fueron los estudios de género, esto significó, en un principio, iluminar las condiciones de vida de quienes habían sido silenciados. Visibilizar a los grupos minoritarios, marginales. En el caso de Mara, si bien en su carrera investigativa dio cabida y enfatizó en distintos momentos las circunstancias de vida de mujeres de diferentes sectores, su énfasis rápidamente se volcó sobre la idea clave de iluminar los “lugares de dominación”, que implica tener en cuenta las múltiples pertenencias en esa jerarquía. Y eso es claro para ella desde que comenzó a investigar sobre masculinidades, pero no evidente dentro del entonces naciente campo de género en el país.

Desde mi perspectiva, diría que la interseccionalidad se ha convertido desde hace algunos años en la expresión para designar la perspectiva teórica y metodológica que busca dar cuenta de la percepción cruzada o imbricada de las relaciones de poder. Este enfoque no es novedoso dentro del feminismo y de hecho existe actualmente un acuerdo para señalar que las teorías feministas habían abordado el problema antes de darle un nombre. Pero lo que sí es relativamente nuevo es la forma en que esta perspectiva ha circulado en los últimos tiempos, en distintos contextos académicos y políticos, como uno de los enfoques clave de los debates contemporáneos en torno a la “diferencia”, la diversidad y la pluralidad. En mi trabajo posterior a *De quebradores y cumplidores* me he interesado por la interseccionalidad como problemática antropológica y como problemática política. Como problemática antropológica, en el sentido en que he trabajado sobre la articulación concreta de las formas de dominación de género, clase y raza, experimentadas de acuerdo con las características sociales de las(os) agentes y grupos concernidos. Es decir, teniendo en cuenta que cada agente social es producido por la imbricación de

las relaciones de clase, género y raza. Pero también he trabajado la interseccionalidad como problemática política que responde a dos preocupaciones estratégicas para el movimiento feminista: la búsqueda de construir un sujeto político universalizable y sus relaciones con otros movimientos sociales.

#### CONSIDERACIONES FINALES

Ya Mara se refería a los cambios que han afectado este contexto en el transcurso de los últimos 14 años y que, en términos generales, corresponden a ese sentido de renovación y ampliación que se supone ha llevado a la disciplina a reconocer problemáticas antes inéditas en las investigaciones sociales y etnográficas locales, pero también a acoger voces diversas en la construcción misma del conocimiento y de la comunidad antropológica. Con el tono que nos da su especial interpretación de esta historia, es posible rescatar algunos de los hilos que han reconfigurado dicha apertura. Mara considera, por ejemplo, que la antropología colombiana se ha hecho un poco más flexible y atenta a nuevas propuestas, y que eso se ha debido, en gran medida, a los cuestionamientos de todo tipo que ha sufrido en los últimos años: de sus fronteras, del método, del compromiso con la investigación y el trabajo social, de lo que implica estudiar contextos de conflicto. De hecho, el discurso de la violencia política, de la guerra y del desplazamiento se ha comenzado a “sexuar” (a través de investigaciones como las de Donny Meertens). Pero la cuestión de género es un tema relativamente reciente en la historia de la antropología en Colombia y esta aún “funciona un poco con una lógica defensiva”, orientada a resguardar su especificidad y sus fronteras de empeños como los de los estudios culturales que han amenazado el monopolio de su “terreno de predilección”: la cultura (cfr. por ejemplo, Restrepo 2007; Rojas 2011).

Lo cierto es que de ser casi por completo inexistentes, hacia finales de los noventa, la perspectiva de género y sus progresos en relación con la teoría feminista —incluyendo el desarrollo del debate interseccional y de su relevancia para la investigación social—, tanto en los análisis antropológicos como en la situación profesional, han pasado a tener hoy un lugar más o menos visible, aunque todavía no central, en la historia del Departamento de Antropología de la UNAL, en particu-

lar, y de las antropologías colombianas, en general. En ese proceso, el trabajo de Mara ha logrado consolidar esa línea, con la persistencia de sus investigaciones y cursos, y al tiempo ha sido validado no solo por su empeño en este sentido, sino por paulatinos reconocimientos, colaboraciones disciplinares e interdisciplinarias, cierto respaldo institucional derivado de su pertenencia simultánea a la Escuela, e igualmente por diferentes desplazamientos y aperturas en la forma de hacer antropología en el país. Solo en el caso del cuerpo docente del departamento de la Universidad Nacional, según lo que nos cuenta Mara, se vislumbra algo de las permanencias y transformaciones delineadas: si bien este continúa siendo mayoritariamente masculino, las mujeres tienen hoy también mayor reconocimiento, y la original relación de fuerzas ha cedido.



**Figura 6.**

En la Dirección de la Escuela de Estudios de Género, 2012

Fuente: archivo de Mara Viveros.

Es por ello que, dentro de este panorama general, es crucial considerar no solo las versiones oficiales y los grandes relatos de la disciplina, sino también los impulsos divergentes o, incluso, en términos de Pérez (2010), las disidencias que muestran otras realidades de apropiación y creación en el proceso de construcción del conocimiento. Del entramado que pueda reconstruirse igualmente de la especificidad de circunstancias vitales, decisiones personales y profesionales, vocaciones e intereses (no siempre por completo coherentes o claros), lecturas subjetivas y trayectorias de formación, surgen miradas capaces de iluminar las condiciones biográficas y sociales que afectan al tiempo las dinámicas de reproducción y transformación de un determinado campo del saber. En este caso, el filtro de la narración de Mara Viveros nos permite poner de relieve una lectura entre otras posibles, la de una mujer que llegó a la antropología con expectativas ya convulsionadas por un recorrido amplio en las ciencias sociales y distinto a la especialización intradisciplinar, con preguntas forjadas en la interconexión de diferentes aproximaciones, pero también con la oportunidad de encontrarse en un momento especial de transgresión y cuestionamiento de la tradición antropológica. Esta relación entre motivación y contexto institucional es justamente la que hace posible considerar a la vez la potencialidad y dificultad de trabajar en las márgenes, en el doble sentido antes señalado: como posición periférica dentro de las prioridades temáticas de la disciplina y como apuesta revitalizadora por el privilegio de tender puentes críticos y productivos entre distintos campos de estudio.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arango, Luz Gabriela, Magdalena León y Mara Viveros. 2004. “Estudios de género e identidad: desplazamientos teóricos”. En *Género e identidad: ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, compilado por Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros, 21-35. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Barreto, Juanita. 2005. “El pensamiento feminista y los estudios de género en los debates sobre la transdisciplinariedad”. En *Cultura, identidades y saberes fronterizos. Memorias del Congreso Internacional: Nuevos Paradigmas Interdisciplinarios en las Ciencias Sociales*, vol. I., comp. Jaime Eduardo Jaramillo, 275-586. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.



- Bonder, Gloria. 1998. "Introducción". En *Estudios de la mujer en América Latina*, editado por Gloria Bonder, 3-16. Washington: CIDI, OEA.
- Cunin, Elizabeth y Vasco, Luis Guillermo. 2004. Entrevista a Luis Guillermo Vasco Uribe. Realizada por Elisabeth Cunin. Consultada el 20 de noviembre del 2012. <http://www.luguiva.net/articulos/detalle.aspx?id=63>
- Gómez, Vanessa. 2010. *Itinerario de una sensibilidad política: feminismo y trabajo académico en la Universidad Nacional*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Langlois, Christine. 1999. "Recent Developments in French Anthropology of France and the Role of the Mission du Patrimoine Ethnologique". En *Cultural Anthropology* 14 (3): 409-416.
- León, Magdalena. 2004. "Reflexiones para un debate sobre los estudios de género". En *Pensar (en) género: teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, editado por Carmen Millán de Benavides y Ángela María Estrada, 355-371. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- León, Magdalena. 2007. "Tensiones presentes en los estudios de género". En *Género, mujeres y saberes en América Latina. Entre movimiento social, la academia y el Estado*, editado por Luz Gabriela Arango y Yolanda Puyana, 23-46. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Meertens, Donny. 1998. "Los estudios de la mujer en Colombia: procesos, coyunturas, espacios". En *Estudios de la mujer en América Latina*, editado por Gloria Bonder, 70-86. Washington: CIDI, OEA.
- Mintz, Sidney. 1979. "The Anthropological Interview and the Life History". En *The Oral History Review* 7:18-26.
- Morcillo, Aurora. 2005. "Notas para la historia del género". En *Cultura, identidades y saberes fronterizos. Memorias del Congreso Internacional: Nuevos Paradigmas Interdisciplinarios en las Ciencias Sociales*, vol. 1, compilado por Jaime Eduardo Jaramillo, 287-290. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pérez, Andrea Lissett. 2010. "Antropologías periféricas. Una mirada a la construcción de la antropología en Colombia". En *Boletín de Antropología* 24 (41): 399-430.
- Puyana, Yolanda. 2007. "Los estudios de mujer y género en la Universidad Nacional de Colombia". En *Género, mujeres y saberes en América Latina. Entre el movimiento social, la academia y el Estado*, editado por Luz Gabriela Arango y Yolanda Puyana, 115-152. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Restrepo, Eduardo y Elizabeth Cunin. 2004. *Historias y políticas de la antropología en Colombia*. Entrevista realizada por Elizabeth Cunin a Eduardo Restrepo, Bogotá, diciembre del 2004. Consultado el 20 de septiembre del 2012.  
[http://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0CCMQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.ram-wan.net%2Frestrepo%2Fdocumentos%2Fentrevista-elisabeth1.doc&ei=sxllUKmWJYy-9QSWnoGgAg&usg=AFQjCNFQEEenulowkViBjNAnVqOGZfBbz7Q&sig2=9LtNrogap\\_VuFV9v45YydQ](http://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0CCMQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.ram-wan.net%2Frestrepo%2Fdocumentos%2Fentrevista-elisabeth1.doc&ei=sxllUKmWJYy-9QSWnoGgAg&usg=AFQjCNFQEEenulowkViBjNAnVqOGZfBbz7Q&sig2=9LtNrogap_VuFV9v45YydQ)
- Restrepo, Eduardo. 2007. "Antropología y colonialidad". Consultado el 7 de septiembre del 2012.  
<http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/antropologia%20y%20colonialidad.pdf>
- Rogers, Susan Carol. 2001. Anthropology in France. *Annual Review of Anthropology* 30: 481-504.
- Rojas, Axel. 2011. "Antropología y estudios culturales en Colombia. Emergencias, localizaciones, desafíos". *Tabula Rasa* 15: 69-93.
- Valencia, Inge Helena y Enrique Jaramillo. 2008. "Trayectoria y problemáticas de la antropología en Colombia. Entrevista a Eduardo Restrepo". Consultado el 14 de septiembre de 2012. <http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/entrevista-eduardo.pdf>
- Viveros, Mara. 2004. "El concepto de género y sus avatares: interrogantes en torno a unas viejas y nuevas controversias". En *Pensar (en) género: teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, editado por Carmen Millán de Benavides y Ángela María Estrada, 171-193. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Viveros, Mara. Entrevista, Bogotá, 27 de agosto del 2012.
- Wills, María Emma. 2007. *Inclusión sin representación. Participación política de las mujeres entre 1970 y 2000*. Bogotá: Norma.